

ganes, hasta en *Charles VII chez ses grands vassaux* y hasta en las rocas de Roncesvalles.

Hay que notar un nuevo rasgo y es la independencia rebelde en que vino á parar el romanticismo, después de haber sido el defensor del principio de autoridad monárquica y religiosa. La hostilidad contra el dogmatismo clásico triunfó al fin é hizo de este movimiento realista un movimiento revolucionario, — del mismo modo que la Restauración, minada por los fermentos de 1789, vino á parar en la monarquía constitucional y en la república de 1848 y más tarde en el imperio socialista.

Vitet, el futuro autor de *Barricades*, consideraba el romanticismo como la teoría de la independencia en el arte y una especie de protestantismo literario. En el fondo de todas estas nociones se hallaba la idea de libertad. Cambiaba el punto de vista. Los clásicos habían planteado las leyes del gusto y de lo bello, orientadas hacia un ideal fijo al que trataban de acercarse las obras maestras siguiendo las mismas reglas.

La intrusión en la literatura del sentimiento individual, variable hasta lo infinito, y de la noción de progreso y de perfectibilidad, rompió esta barrera rígida que la razón inmutable levanta ante el artista. Todo fué puesto en circulación y en el torrente de lo posible. Ya no se reconocieron tradiciones ni autoridades, ni códigos ni géneros; todo quedó fundido, en libertad, desprendido, por una imitación libre de la realidad en la que todo se mezcla. El arte se hizo, como la política, liberal y hostil á toda traba. La revolución literaria era paralela de la revolución social. Los jóvenes sacudían el yugo, se burlaban de Carlos X á quien dirigian sus chirigotas:

— El rey se duerme todas las noches dentro de la piel de un animal.

— Señorita, os amo tanto como la República.

— ¡Quiero fumar donde me agrade el cigarro de mi existencia!

Por todas partes se manifestaba con análogas ocurrencias un instinto de independencia, de rebelión y de libertad. La literatura sintió esta necesidad de liberalismo. Vocabulario, sintaxis, prosodia, todo se vió libre de freno¹. Nada de palabras nobles ó plebeyas. El rígido alexandrino quedó roto, deshecho y deshuesado; los ritmos y las cadencias tomaron un aspecto de loca y desenfrenada libertad. *Las Orientales*, *Balada á la Luna*, *á la Rima* hasta caer en el virtuosismo y en los juegos malabares.

1. En Francia llegó al fin á poner las cosas en orden la reacción clásica y académica. Desgraciadamente en España y América, no ha habido hasta ahora autoridad capaz de poner dique al desorden. El hermoso y caudaloso río de nuestra lengua corre desde entonces cenagoso y turbio arrastrando entre sus aguas toda clase de inmundicias literarias y gramaticales. (N. del T.)

El romanticismo, como escuela literaria con principios definidos no tuvo larga vida. Desde 1844 empezó á declinar. ¿Por qué? Porque llevaba en sí algunos elementos nefastos. Fué un error declarar la guerra á los Griegos y los Latinos:

Qui nous délivrera des Grecs et des Romains!?

Somos latinos y helenos por nuestra lengua y nuestro genio; amamos y preferimos el arte griego con su precisión, sus contornos bien determinados, sus matices francos, su orden y su claridad, que convienen á nuestro genio nacional, el cual no tiene nada del misterio indeciso y de los vagos ensueños del Norte.

Pero la Revolución y las guerras del Imperio habían cerrado los colegios y habían preparado generaciones ignorantes en materia de antigüedad. Muchos rehicieron por sí mismos su educación y volvieron espontáneamente á nuestros antepasados intelectuales (Teophile Gautier, Banville, A. de Musset: «Grecia, madre de las artes»).

Además de esto el romanticismo sucumbió bajo el peso de su imperioso individualismo y de su egoísta subjetividad. Redujo el universo y el infinito á la medida del hombre; aprisionó el mundo en su alma, cárcel demasiado estrecha.

Reducirlo todo á sí mismo, es achicar el universo é imponerle los límites demasiado estrechos de nuestras pasiones. Es preciso salir de sí mismo, conocer, amar y ayudar á los hombres, elevarse mediante el altruismo y la fraternidad. Por haber desconocido esta ley humana, naufragó el romanticismo en medio de la indiferencia, la amargura, y la impasibilidad de los Parnasianos, en quienes el sentimiento muerto sólo dejó persistente un vano esmero en los juegos de las formas, de las imágenes y de las rimas.

La triste filosofía de Leconte de Lisle se halla toda en germen en *Renato*. Entre los poetas sólo perdurarán los que hayan amado y cuyos acentos hayan traído al corazón de los hombres no sus propios sollozos sino su amor fecundo en pro de la dicha universal, de la libertad, del ideal, de la belleza del progreso y del porvenir de la Humanidad.

Pero, por lo menos, queda nuestra gratitud en favor de una escuela literaria que libertó, rejuveneció y dió flexibilidad á la poesía; que la volvió á templar en las fuentes del lirismo puro, que le hizo adquirir la sinceridad, la variedad, el colorido, el desembarazo y la libertad; que prestó al alma voz y alas, que sacudió y desencadenó las pasiones y los odios, y de este modo logró decuplicar y justificar la vida.

1. ¿Quién logrará librarnos de griegos y romanos?